

La teoría de los campos en sociología: génesis, elaboración, usos¹

✉ **GISÈLE SAPIRO** / CNRS – EHESS Centre européen de sociologie et de science politique

Traducción de Analía Gerbaudo y Santiago Venturini / Universidad Nacional del Litoral – CONICET

analía.gerbaudo@conicet.gov.ar; venturini.santiago@gmail.com

El concepto de «campo» permite circunscribir la acción de los individuos a nivel meso (intermedio entre los enfoques macro y micro), en esferas sociales diferenciadas que tienen sus propias reglas de juego y sus intereses específicos. Elaborado de manera rigurosa por Pierre Bourdieu a partir de los años 60 para pensar el proceso de diferenciación social de las esferas de actividad que acompaña la división del trabajo, implementando un enfoque relacional y topográfico, sirvió de programa de investigación (en el sentido que el filósofo de las ciencias Imre Lakatos dio a este concepto) y dio lugar a numerosos trabajos sobre los campos político, económico, religioso, académico, jurídico, filosófico, literario, artístico, intelectual, editorial, deportivo, etcétera.

En Estados Unidos se impusieron otros usos del concepto de campo, primero con la noción de «campo organizacional», acuñada por Paul DiMaggio y Walter Powell en los años 80, en el marco de un enfoque neo-institucionalista; luego con la de «campo de acción estratégica», propuesta por Neil Fligstein y Doug McAdam en los 2000 para articular la precedente con las teorías de la acción colectiva.

Orígenes y génesis de la teoría de los campos en sociología

El concepto de campo está tomado de la física teórica: comprende las relaciones entre elementos en un espacio, concebido como un campo de fuerza, según el principio de atracción–repulsión. Ha sido transpuesto a la psicología por los teóricos de la Gestalt, especialmente Wolfgang Köhler, quien privilegió la interdependencia de los elementos en la experiencia perceptual y desarrolló un enfoque topográfico.² Kurt Lewin lo adaptó a la psicología social para pensar las interacciones entre el individuo y su entorno.

Es con esta misma acepción que Bourdieu lo introduce en sociología, donde este concepto abstracto permite la autonomización metodológica de un espacio de actividad bajo la condición, tal como Bourdieu lo precisa a propósito de los campos

de producción cultural, de haber estudiado las condiciones históricas de su autonomización.³ El uso del concepto de campo viene a responder un doble problema.

En primer lugar, ¿cómo pensar el proceso histórico de diferenciación de las actividades sociales, que acompaña la división del trabajo, sin caer en un enfoque funcionalista? Este doble proceso no tiene, de hecho, nada de ineluctable ni de mecánico. La autonomización de un dominio de actividad resulta generalmente de la lucha llevada adelante por un grupo de especialistas (por ejemplo, los juristas) para obtener el reconocimiento social de su autoridad y de su competencia sobre el dominio en cuestión, instaurando un corte entre profesionales y profanos (por ejemplo, entre clérigos y laicos). La teoría de los campos sistematiza el análisis de este proceso observado por Max Weber y extrae del mismo consecuencias metodológicas, a saber, la posibilidad de autonomizar un campo como objeto de estudio.

No obstante, y este es el segundo problema, esta autonomía nunca es completa: es siempre relativa. Bourdieu toma el concepto de autonomía de los enfoques marxistas, introducido en el marco del debate sobre la «teoría del reflejo», que consideraba las obras como una superestructura que refleja las condiciones sociales subyacentes. Complejizando esta tesis, algunos teóricos marxistas sugirieron que las obras literarias y artísticas estaban mediatizadas por una visión del mundo, que no era un simple reflejo de la clase de pertenencia del creador o de su público, sino que podía replicar las contradicciones que operan en las condiciones de producción. Bourdieu le critica a estos pensadores no tomar en cuenta la mediación ejercida por los campos de producción cultural en relación con las condiciones económicas y sociales: es allí, en lo que llama un «efecto de campo», que sitúa la autonomía relativa de esos universos.

De hecho, las obras exponen la marca de sus condiciones de producción, porque los productores culturales están comprometidos en una lucha competitiva que obedece a reglas y a intereses específicos, irreductibles a los intereses económicos, políticos y sociales. Respecto del espacio social, «el efecto de campo» produce un efecto de «refracción» (otro concepto que Bourdieu toma de la física): este retraduce las coerciones exteriores según su propia lógica. Esta lógica propia está ligada a la estructura del campo y a su historia. Este enfoque (válido tanto para las producciones culturales como para la ciencia, la filosofía o el derecho) permite escapar de los abordajes puramente internalistas como de todas las formas de reduccionismo sociológico.

La estructura del campo se define según la distribución (desigual) del capital específico en su seno: los agentes dotados del capital específico más elevado ocupan posiciones dominantes; aquellos débilmente dotados, con frecuencia los recién llegados, ocupan posiciones dominadas. En ruptura tanto con el sustancialismo (apoyándose especialmente en la obra de Ernst Cassirer, *Sustancia y función*)⁴ como con el interaccionismo (el interaccionismo simbólico pero también el interaccionismo espontáneo que prevalece en la historia literaria y en la historia del arte, donde la propensión a singularizar las trayectorias alienta el interés por

las relaciones interpersonales), este enfoque topográfico pretende ser estructural (relacional) y objetivista: unidos por la competencia alrededor de una misma apuesta, la adquisición de capital específico, los agentes se definen objetivamente unos en relación con otros, independientemente de las interacciones entre ellos. Interacciones que el análisis objetivista permite, además, explicar por las disposiciones comunes, las especies de capital (cultural, económico, social, político) detentados y las posiciones ocupadas en el campo y en el espacio social: un análisis de redes, puramente descriptivo, adquiere todo su sentido a la luz de las propiedades objetivas de los individuos.

Si su teoría de los campos, al igual que su concepción del espacio social, es deudora del método estructuralista, que emplea no sólo para analizar la visión del mundo de un grupo sino también las relaciones sociales en sí mismas, Bourdieu retiene del marxismo una concepción dinámica de estas relaciones, la cual deriva de su dimensión agonística. La lucha competitiva es, de hecho, la expresión de los principios de oposición que estructuran el campo y determinan los antagonismos y las alianzas (según el principio de atracción–repulsión).⁵ Estos principios de oposición fundan también la homología estructural entre los campos.

En cada campo, los «dominados» se oponen a los «dominantes», quienes tienden a preservar la definición dominante de la actividad en cuestión («ortodoxia»), mientras que los primeros están más dispuestos a desafiarla («heterodoxia»). Sobre la base de la sociología de las religiones de Max Weber,⁶ Bourdieu sistematiza la oposición entre sacerdote y profeta, a la que confiere un carácter paradigmático, transponiéndola a los campos de producción artística, donde se injerta en la oposición entre productores consagrados y vanguardistas (por ejemplo, los miembros de la Academia francesa *versus los surrealistas*).⁷ Una segunda distinción estructurante opone a los que detentan la autonomía del campo, fundada en el juicio de pares formulado según criterios específicos de determinación del valor simbólico de los productos, a aquellos que tienden a importar en el campo coerciones heterónomas, ideológicas o económicas.

Estas posiciones evolucionan en función de diversos factores: exógenos como las situaciones de crisis o de politización, o endógenos como las luchas internas y el envejecimiento social. Si los factores exógenos contribuyen a la sincronización de los campos (como en mayo de 1968),⁸ los factores endógenos imponen una temporalidad propia a cada uno de ellos, otro signo de su autonomía relativa. Aún más, los campos relativamente autónomos se caracterizan por su autotelismo o autorreferencialidad, es decir, por la referencia a su propia historia: es el caso de los campos de producción cultural (literaria, artística, musical), como de los campos científico y jurídico, en los que no se puede ignorar las problemáticas pasadas y las soluciones aportadas sin el riesgo de ser excluido.

Así, el campo es un espacio de posibles en el que las tomas de posición —es decir, las elecciones entre diferentes opciones más o menos constituidas como tales— se definen por diferencias significativas (según el modelo de la lingüística estructural); diferencias que adquieren sentido en relación con la historia del

campo (por ejemplo, la oposición entre música tonal y atonal, o entre filosofía analítica y «continental»). Por esta razón, el sujeto de la obra no es ni el individuo ni la clase, como sugiere Lucien Goldmann, sino según Bourdieu, el campo en su conjunto.

La noción de espacio de posibles se asemeja en esto al concepto foucaultiano de «campo de posibilidad estratégica», pero se distancia en especial por el uso muy particular que Bourdieu hace del concepto de «estrategia» para aprehender las formas de inversión diferenciadas de los agentes.⁹ Lejos de suponer una acción racional y reflexiva, incluso cínica, el concepto de estrategia reenvía, en la teoría de la práctica de Bourdieu, al margen de improvisación de los agentes en relación con las coerciones exteriores a las que se enfrentan y a sus disposiciones. En la teoría de los campos, este concepto se articula con el de *illusio*, basado en la adhesión de los individuos al juego, su creencia en la actividad en cuestión, y se orienta a la búsqueda de beneficios específicos del campo considerado; beneficios con frecuencia más simbólicos que económicos. El concepto de «estrategia» apunta, en efecto, a describir la confluencia de una trayectoria social y un espacio de posibles. Esta trayectoria está en gran parte determinada por el *habitus* del individuo, es decir, por las estructuras sociales que incorporó en el curso de su socialización bajo la forma de disposiciones y que estructuran, a su vez, sus esquemas de percepción, de acción y de evaluación (su gusto). La cuestión de la relación entre las propiedades sociales de los individuos y sus tomas de posición en el campo no es, por lo tanto, algo dado sino un objeto central en el estudio del funcionamiento de un campo.

Hacia una teoría general de los campos

A partir de los años 70, Bourdieu elabora el proyecto de una teoría general de los campos que no verá la luz durante su vida, pero cuyas numerosas huellas subsisten, desde seminarios y conferencias dedicadas a la cuestión,¹⁰ hasta investigaciones que él mismo, miembros de su equipo y alumnos, llevaron adelante en ciertos campos específicos: literario, religioso, científico, político, jurídico, académico, filosófico, artístico, económico, editorial, sin olvidar la alta costura. Dado que es imposible repasar aquí la totalidad de los trabajos que implementaron este concepto, nos limitaremos a describir, por un lado, el aporte de la teoría de los campos en el estudio de diferentes esferas y, por el otro, la contribución de estos terrenos a la teoría general.

La reflexión sobre los campos de producción cultural, que se remonta a comienzos de los años 60,¹¹ apunta a fundar una ciencia de las obras que excede la alternativa entre el análisis interno, entonces encarnado en los estudios literarios por el *New Criticism* y sobre todo por el estructuralismo, y el análisis externo, escindido entre el enfoque biográfico singularizante (cuyo ejemplo magistral es *El idiota de la familia* de Sartre) y el reduccionismo de la teoría marxista. Contra el mito del creador increado forjado por la ideología romántica, la teoría de los campos recuerda que los productores culturales no escapan a las determinaciones

sociales y que no crean aisladamente. Contra la noción de «reflejo», señala que estas determinaciones son mediatizadas, refractadas por el campo, es decir, por un espacio de posibles preexistente que es necesario reconstituir para dar cuenta de los principios de sus elecciones estéticas.

Esta reflexión plantea también dos cuestiones históricas. La primera concierne al proceso de autonomización de esos campos, ligado, según Bourdieu, a tres condiciones: la aparición de un grupo de productores que se especializan en la actividad en cuestión (literatura, pintura, música, deporte); la existencia de instancias de consagración específicas; la formación de un mercado de bienes simbólicos, que invierte el orden de la oferta y la demanda en relación con el clientelismo que prevalecía bajo el Antiguo Régimen, fundado en el encargo.¹² Si la formación de tal mercado se observa desde fines del siglo XVIII, el proceso de autonomización en literatura y en pintura no se produce en el mismo momento ni de la misma forma: mientras que el desarrollo de la edición y la liberalización de lo impreso a comienzos del siglo XIX abandonan a los escritores a la ley implacable del mercado del libro, el mercado del arte permanece fuertemente regulado hasta mediados de siglo por una única instancia, la Academia de Bellas Artes, que se arroga el monopolio de la consagración a través del control del acceso al Salón.¹³ La multiplicación de productores (correlativa al incremento de la escolarización) y el estilo de la vida bohemia adoptado por los excluidos del sistema académico contribuyeron, sin embargo, a la emergencia de un mercado al margen de este sistema, en torno a sociedades de artistas que funcionaban como una suerte de cooperativas de venta.

Mientras que el campo artístico se constituye contra el Estado, garante del sistema académico, la autonomía del campo literario debe afirmarse con relación al mercado, que, de entrada, había relativizado el poder de consagración de la Academia Francesa. Como lo describe Bourdieu en *Las reglas del arte*, contra el circuito de gran producción, regido por la lógica del mercado, se forma, a mediados del siglo XIX, un polo de producción restringida que impone la primacía del valor simbólico de las obras, establecido sobre la base de criterios de juicio específicos elaborados por los pares. La economía de los bienes simbólicos es una «economía al revés» que opone a la rentabilidad a corto plazo, el proceso de consagración de las obras a largo plazo. Proceso susceptible de conducir a la «canonización» de ciertos autores o artistas a través de la integración de sus obras, transformadas en «clásicos», al patrimonio cultural nacional y universal, en especial a través del sistema educativo.¹⁴ Las instancias de difusión, en particular los editores, tienen un rol central en este proceso de producción del valor; valor económico en el polo de gran producción, valor simbólico en el polo de producción restringida.¹⁵

En Francia, esta inversión se produjo bajo el Segundo Imperio por parte de los detentores del «arte por el arte» que se oponían tanto al «arte social», es decir al arte comprometido, como a la escuela del «sentido común» que reunía a los autores del polo mundano del campo literario, cercanos a las fracciones dominantes de la clase dominante.¹⁶ Bourdieu analiza las modalidades de la conquista de la autonomía a través de esta doble ruptura producida principalmente por Flaubert

y Baudelaire. Bourdieu califica a este último de «nomoteta» dado que instaura un nuevo *nomos* en el campo literario, caracterizado por la independencia respecto de poderes externos, económicos o políticos, y por la anomia hecha ley. Emancipándose de la demanda burguesa para afirmar la primacía de la estética pura, que va a la par de un *ethos* que asocia rigor del trabajo y anticonformismo, Flaubert y Baudelaire llevan a cabo una «revolución simbólica» que tendrá consecuencias durables en el campo literario.

¿Cómo se producen tales «revoluciones simbólicas»? Es la segunda pregunta histórica abordada por la reflexión sobre los campos de producción artísticos y concierne tanto al campo científico como al de la alta costura¹⁷. Si esta cuestión se evidencia desde las primeras investigaciones de Bourdieu sobre los universos culturales, encontramos la formulación más lograda en sus cursos del Collège de France, consagrados al caso de Manet. La dificultad para aprehender estas revoluciones simbólicas obedece al hecho de que nuestras propias categorías de percepción estética son su producto. Es necesario, entonces, reconstituir la visión del mundo anterior a esta revolución, tal como lo hace Bourdieu en este curso, poniendo de relieve los principios que regían la estética académica.

Manet destruirá este código estético sostenido por un monopolio estatal: contra la importancia asignada a la maestría técnica (la perspectiva, el modelado, el claroscuro) y al acabado, trabaja la tela en su bidimensionalidad —lo que lo lleva a transgredir las leyes de la perspectiva y el principio del modelado— y ennoblece el bosquejo (que los maestros de la Academia veían sólo como una primera etapa, anterior a la «invención», al trabajo de terminación). Además, pone en tela de juicio la jerarquía de los objetos que estaba indexada a su jerarquía social y privilegia la referencia a la historia del arte más que a la historia a secas —lo que lo conduce, sino a despojar la obra de toda significación, al menos a volverla ambigua y, por esto, a romper con el principio de legibilidad (el «mensaje») al punto de suscitar perplejidad e interpretaciones contradictorias, cuando no risas burlonas o rumores escandalizados.

Actualizar las transformaciones de las condiciones de producción, tanto técnicas (la invención del pomo de color que permite la pintura al aire libre) como morfológicas (el incremento de la población de artistas) y económicas (la formación de un mercado paralelo al sistema académico) permite salir de una historia idealista e individualizante, pero no alcanza para explicar las revoluciones simbólicas. El análisis sociológico debe también tomar en cuenta las disposiciones de los agentes —en este caso, de Manet: los importantes recursos económicos, culturales y sociales que poseía este hijo de un juez de un tribunal de primera instancia, procedente de un linaje de *robins*; su formación en el seno del sistema académico; su enorme cultura pictórica; la libertad que le confería su posición de rentista y sus densas redes de relación, salones mundanos, por un lado, cafés y medio bohemio, por el otro. Esta concentración extraordinaria de ventajas, asociada a lo que Bourdieu denomina un «*habitus* escindido» entre los dos polos del campo de poder (económico y cultural), predisponían a que Manet llevara a cabo esta revolución.

Una revolución que, como todas las «revoluciones simbólicas», se define no por la destrucción sino por la integración de lo que la precedía: la ruptura se produce en la continuidad, como lo atestigua la práctica del pastiche. Así, incluso en estos universos donde, a diferencia del mundo burocrático, las posiciones están por definirse, las prácticas más innovadoras se inscriben en una relación dialéctica con el espacio de posibles.

El campo de la alta costura ofrece también un terreno de observación privilegiado de las lógicas del campo: producción de la creencia en el fetiche de la marca, según un proceso que Bourdieu compara al funcionamiento de la magia analizado por Mauss; oposición estructural entre *rive droite* (Balmain) y *rive gauche* (Scherer); revolución simbólica consumada por Courrèges que, al sincronizar una revolución interna con las transformaciones sociales, sustituye el discurso sobre la moda con una reflexión sobre el estilo de vida de la mujer moderna que debe sentirse cómoda, libre y desenvuelta.¹⁸

Este modelo de análisis sirve igualmente para pensar las condiciones de existencia de un campo científico relativamente autónomo, donde el juicio de pares prevalece sobre las lógicas heterónomas (ideológicas o económicas), así como también las revoluciones científicas.¹⁹ El campo científico se diferencia de los campos de producción cultural por el hecho de que el público está constituido principalmente por pares, lo que exagera la lógica de la competencia, reglada por la acumulación de capital específico. Esta particularidad le permite a Bourdieu oponer al relativismo un racionalismo historicista fundado en la teoría de los campos. En efecto, la introducción de intereses sociales, políticos y económicos en el análisis de las condiciones de producción de los saberes científicos conduce a un relativismo cuya vía ha sido abierta por el modelo propuesto por Thomas Kuhn para pensar las revoluciones científicas (un relativismo al que ese modelo no suscribe). La sociología de las ciencias ha oscilado entre un racionalismo fundado en las normas profesionales que dictan el *ethos* de los eruditos (universalismo, comunalismo, desinterés, escepticismo) según el modelo funcionalista de Robert Merton y un relativismo de la sociología de los intereses y los enfoques constructivistas. Si Bourdieu rompe con la visión irenista de una comunidad científica que actúa en armónica cooperación con el interés universal de la ciencia, el concepto de campo le permite, al reintroducir las relaciones de fuerza y los intereses extra-científicos que atraviesan estos universos, afirmar que la autonomía relativa del campo y las reglas que impone garantizan el alcance universal de los saberes científicos. El campo científico produce un «interés en el desinterés» que, asociado al control colectivo ejercido por los pares, es una de las condiciones de su autonomía, aun cuando esta es siempre relativa. El análisis del funcionamiento del campo científico tiene, además, un valor suplementario dado que contribuye a la reflexividad de los investigadores sobre su actividad.

El «efecto de campo» se observa en particular en el campo filosófico que ha alcanzado un alto grado de conceptualización y donde el dominio de las referencias del pasado es la condición *sine qua non* de acceso al reconocimiento de los pares.

El análisis de la ontología política de Martin Heidegger, resituada en el campo de producción ideológica de su tiempo, revela no sólo los esquemas ético-políticos conservadores, incluso reaccionarios, que el filósofo, como la mayor parte de los mandarines cuya posición en el campo de poder está en declive, comparte con el humor «völkisch» —y que fundan su adhesión al nazismo—, sino también la transustanciación que el trabajo de formalización filosófica les impone, eufemizándolos hasta el punto de volverlos irreconocibles. La censura específica del campo está, pues, en el origen de esta operación de «sublimación filosófica». El efecto de campo da «un fundamento objetivo a la ilusión de autonomía absoluta». El enfoque en términos de campo permite así superar la alternativa entre una lectura ideológica de la obra y una lectura puramente filosófica, alternativa que enfrenta aún hoy a los comentaristas de Heidegger.²⁰

Además del estudio sobre Heidegger, el programa de investigación sobre el campo científico, que se apoyaba en trabajos existentes en historia de las ciencias, se desarrolla en el marco de una encuesta empírica sobre el campo académico.²¹ Tomando como objeto a universitarios e investigadores franceses de los años 60, se funda en un estudio prosopográfico que combina propiedades sociales de los individuos e indicadores de las posiciones que ocupan en el campo. Estos indicadores se construyen distinguiendo diferentes formas de capital en el orden temporal (heterónimo) y simbólico (autónimo): poder universitario, poder científico, prestigio científico y capital de notoriedad intelectual. Las instituciones —Universidad, organismos de investigación, Collège de France— son concebidas, a la vez, como variables (la pertenencia a determinada institución como indicador de la posición ocupada por los individuos) y como agentes de plena participación en el campo.

Los datos prosopográficos fueron sometidos a un Análisis de Correspondencias Múltiples, método estadístico privilegiado para aprehender los principios de estructuración de un campo. El campo académico aparece estructurado por la oposición entre un polo temporalmente dominante, ocupado por las facultades de derecho y de medicina, y un polo temporalmente dominado donde se encuentran las facultades de ciencias —las letras y ciencias humanas se sitúan entre estos dos polos—. Esta posición intermedia las vuelve un lugar de observación privilegiado de las luchas entre las dos formas de poder académico, temporal y simbólico. Las facultades de letras se dividen, de hecho, entre un polo de universitarios orientados a la reproducción de un «cuerpo», es decir, hacia el ejercicio del poder temporal en el orden cultural, y un polo de agentes orientados a la investigación, pertenecientes con frecuencia a instancias prestigiosas pero marginales como el Collège de France y que son más productores que reproductores (además, están orientados con frecuencia a lo internacional, más que los primeros). Así, el estudio permitió diferenciar dos tipos de consagración, temporal y simbólica, que tienen su equivalente en los campos de producción cultural con, por un lado, el éxito público y el reconocimiento institucional (premios, academias); por el otro, con el reconocimiento de los pares y los críticos especializados (la crítica constituye en sí misma un campo estructurado por oposiciones homólogas).

El grado de centralización del campo varía en función de la aptitud de una institución para monopolizar el poder de reproducción en su seno, por ejemplo, la Iglesia católica, la Universidad o el sistema académico de las Bellas Artes. Cuando una institución alcanza un alto grado de monopolio en un campo, se hablará de «cuerpo» —en el sentido de la *Corporatio* de los canonistas medievales— más que de «campo». ²² El cierre del reclutamiento por medio de concursos, a través del establecimiento de un *numerus clausus*, etc., es una modalidad de control del acceso al campo susceptible de conducir a su transformación en un cuerpo, homogeneizando el reclutamiento social e inculcando un «espíritu de cuerpo». No obstante, es inusual que el reclutamiento social de un campo sea tan homogéneo, y las diferencias de estatus (o de cuerpo, en el campo administrativo) producen a menudo principios de oposición estructural, como entre los miembros de la Academia de Bellas Artes y los pintores bohemios, o entre los juristas teóricos y practicantes del derecho (según una oposición que Bourdieu toma de Weber).

Una de las ventajas de la teoría de los campos, en comparación con la sociología de las profesiones, es que considera las actividades, incluso cuando han alcanzado un determinado nivel de autonomía, como relativamente heterónomas (al analizar, por ejemplo, la manera en que las relaciones de clase se refractan en ellas a través de los *habitus*) y como más o menos heterogéneas. Esta heterogeneidad puede ser el resultado de condiciones de trabajo y de estatus (por ejemplo, los estatus de independiente, de asalariado o de funcionario que coexisten, a veces, en una misma esfera de actividad) o de reclutamiento social (ya se trate de orígenes sociales o de carreras que oponen, por ejemplo, a los antiguos alumnos de Oxbridge o de las grandes escuelas francesas a los estudiantes inscriptos en la universidad). Enmascarados por la ideología profesional, tales clivajes subyacen a las relaciones de fuerza que estructuran los campos y a las luchas internas que están en el origen de sus transformaciones. De este modo, el campo jurídico bajo el Antiguo Régimen diferencia entre los juristas de Estado, que forman el polo burocrático, los oficiales de justicia, que reivindican una cierta autonomía en relación con el poder real, y el bajo clero jurídico que llega, en la Revolución francesa, a derribar la jerarquía de relaciones de fuerza con la nobleza de toga (a la que pertenecen las dos fracciones precedentes) e imponer la concepción del Estado–Nación. ²³

Otra propiedad, consecutiva al proceso de autonomización de los campos, es el corte entre especialistas y profanos que excluye a estos últimos de la actividad deslegitimando su juicio. Esta desposesión de los profanos, arraigada en el modelo religioso que distingue clérigos de laicos, se observa en numerosos universos profesionales (derecho, medicina, arquitectura, ciencia, deporte) y sobre todo en el campo político. En sus estudios consagrados a este último, Bourdieu analiza especialmente el fenómeno de la representación y de la delegación que supone; fenómeno que está en el centro del trabajo de monopolización de la política por parte de profesionales. ²⁴

El campo político es, junto al campo económico, un campo dominante en el seno del campo de poder. Este último está estructurado por la oposición entre los

detentadores de capital económico y político y aquellos que están mejor dotados de capital cultural.²⁵ A favor de la ideología neoliberal, el campo económico tiende cada vez más a subordinar a los otros campos, especialmente al campo político (por intermedio del *New Public Management*), al campo periodístico²⁶ y a los campos de producción cultural (a través de las lógicas de concentración y de fusión—adquisición de las industrias culturales cuyos efectos estudió Bourdieu en la edición francesa de los años 90),²⁷ imponiéndoles su lógica de rentabilidad. Tal sujeción amenaza la autonomía de estos campos a través del refuerzo del polo heterónimo contra el polo autónomo, y plantea la pregunta por las relaciones entre los campos.

Usos del concepto de campo y cuestiones metodológicas

Habiendo suscitado numerosos trabajos empíricos, el concepto de campo ha hecho emerger preguntas de orden metodológico y teórico de las que se dará aquí un panorama. Un buen número de estas investigaciones giran en torno al campo literario,²⁸ aunque existen trabajos importantes sobre otros universos —político, jurídico, intelectual, periodístico, universitario, artístico, cinematográfico—, así como también sobre campos disciplinares como la filosofía, la economía, la sociología. Y si la mayor parte se concentran en el caso francés, se cuentan algunos trabajos destacados sobre otros países, comenzando por la investigación pionera de Sergio Miceli sobre las condiciones de emergencia de un campo intelectual en Brasil.²⁹

El análisis de un campo requiere de tres operaciones: el estudio de instancias específicas, la distribución de las propiedades sociales de los individuos según las posiciones ocupadas en el campo, la reconstitución del espacio de posibles (y del espacio de las tomas de posición efectivas). Una serie de investigaciones prosopográficas se han dedicado al campo literario francés. Aquella realizada por Rémy Ponton se basaba en 616 escritores en la segunda mitad del siglo XIX y ha revelado las distancias, desde el punto de vista de las propiedades sociales, entre escritores que se identificaban con diferentes escuelas, como los novelistas psicólogos y los naturalistas (estos últimos menos dotados que sus predecesores)³⁰. Anne-Marie Thiesse dirigió un estudio sobre los escritores regionalistas de principios del siglo XX relegados, en un país centralizado como Francia, a los márgenes del campo literario.³¹ Para su investigación sobre el campo literario francés durante la Ocupación, la autora de este artículo estudió el funcionamiento de las principales instancias literarias y realizó una prosopografía de 185 escritores franceses en actividad durante esa época, llevada a cabo gracias a la ayuda de un Análisis de Correspondencias Múltiples.³²

Otros estudios focalizaron en una figura central, a semejanza de los análisis de Bourdieu dedicados a Flaubert y a Baudelaire. Anna Boschetti reconstruyó la trayectoria de Sartre y puso en evidencia la reunificación que éste opera entre campo literario y campo universitario en la posguerra; también diseñó indicadores de la posición dominante que ocupa la revista fundada por Sartre, *Les Temps modernes*,

en el campo de las revistas intelectuales (las citas entre revistas y el capital cultural detentado por los miembros del comité de redacción, especialmente).³³ La poesía, donde se impone la dimensión formal y las reglas de composición son más estrictas, es un lugar de observación privilegiado de las revoluciones simbólicas: Anna Boschetti estudió la operada por Apollinaire reconstruyendo el espacio de posibles de su época,³⁴ mientras que Pascal Durand analizó la que lleva a cabo el joven Mallarmé aplicando un tratamiento radical al material que toma del postromanticismo.³⁵ Pascale Casanova encuentra en el rechazo de la representación en Samuel Beckett una transposición del trabajo de abstracción efectuado en el mismo momento en pintura, lo que plantea la cuestión de los préstamos entre un campo y otro.³⁶ Del mismo modo, las vanguardias constituyen un terreno de investigación fecundo para interrogar las lógicas de subversión a la obra en los campos de producción cultural.³⁷ Asimismo, se han llevado a cabo investigaciones sobre el campo literario alemán en diferentes períodos.³⁸

Al igual que el campo literario, el campo académico ha sido objeto de trabajos sustanciales. Articulando los procesos de profesionalización y de especialización con la constitución de un campo, Jean-Louis Fabiani estudió la formación, durante la Tercera República, de un cuerpo de profesores de filosofía cuyas estructuras mentales y categorías de clasificación aprehende a través de los programas, y la emergencia, en paralelo, de un mercado del libro filosófico que se diferencia de la producción literaria.³⁹ La comparación entre el reclutamiento social de los campos literario y universitario a comienzos del siglo xx realizada por Christophe Charle muestra, por su parte, que los escritores están en general mejor dotados que los universitarios parisinos.⁴⁰ De su investigación sobre los fundamentos de la creencia económica, Frédéric Lebaron, develó, mediante un Análisis de Correspondencias Múltiples, la oposición entre economistas «puros» (neoclásicos y regulacionistas) dotados de un fuerte capital científico y aquellos que disponen de recursos temporales debido a las posiciones «políticas» que ocupan como consultores, coyunturistas o dentro de empresas.⁴¹

La reflexión de Bourdieu sobre el problema de la representación política abrió un conjunto de interrogantes que abarca, por un lado, las propiedades sociales de los profesionales de la política, sus variaciones en el tiempo y en el espacio,⁴² y por el otro, el conjunto de individuos que participan en el trabajo político: consejeros, militantes, encuestadores o especialistas en comunicación cuya importancia creciente se debe a la dependencia también creciente del campo político con respecto al campo mediático. Por otra parte, la concepción del Estado como meta-campo abre perspectivas para renovar el estudio de las políticas públicas.⁴³

Numerosos trabajos han planteado interrogantes sobre las relaciones entre los campos: relaciones de subordinación (así, la producción intelectual no comienza a autonomizarse del campo religioso hasta el siglo xviii), de dependencia, de jerarquía (entre disciplinas dentro del campo académico, por ejemplo), o de intercambio (entre campo literario y campo artístico). Los estudios sobre la politización del campo intelectual en momentos de crisis que entrañan una pérdida de

autonomía, se trate del caso Dreyfus o, más aún, del campo literario francés durante la Ocupación alemana,⁴⁴ revelan que las tomas de posición políticas están estrechamente ligadas a las posiciones ocupadas por los agentes en su campo de referencia. Estos estudios confirman, de este modo, el efecto de refracción ejercido por el campo sobre las coerciones externas, destacando el rol heterónimo que juegan determinadas instancias situadas en la bisagra del campo de poder, como la Academia francesa.

Esta homología estructural entre las posiciones en el campo literario o intelectual y las tomas de posición políticas se manifiesta también en las diferentes formas que adquiere la politización en los distintos polos del campo literario o intelectual, según la posición dominante o dominada, el grado de autonomía y el grado de especialización de este último.⁴⁵ Las lógicas heterónomas inducidas por la subordinación a los campos religioso y político fueron también abordadas en los casos de intelectuales católicos y comunistas, poniendo en juego estos últimos las condiciones de «la obediencia» política.⁴⁶ Las relaciones entre campo periodístico y campo económico han sido abordadas especialmente a través del campo de la prensa económica.⁴⁷

La historicidad fundamental de los campos plantea el problema de su génesis y de su temporalidad. Alain Viala, autor de una obra de referencia sobre el *Nacimiento del escritor*, remonta al siglo xvii el comienzo del proceso de autonomización del campo literario con la aparición de listas de escritores premiados, la reivindicación de los derechos de autor y la oficialización de la Academia Francesa, a la que se le delegan los derechos de legislar en materia lingüística y literaria.⁴⁸ Por esta razón discute, junto a Denis Saint-Jacques, la periodización propuesta por Bourdieu en *Las reglas del arte*.⁴⁹ Por su parte, Christian Jouhaud llama la atención sobre una paradoja: la autonomización del campo literario pasa por una dependencia reforzada por el Estado, simbolizada por la oficialización de la Academia francesa.⁵⁰ Se puede afirmar que lo mismo sucede en el campo artístico, elevado por el Estado al rango de arte liberal con la creación de la Academia de Bellas Artes. En ambos casos, no obstante, aunque exista una instancia de consagración y de productores más o menos especializados, falta el tercer factor de autonomización de un campo, a saber, la existencia de un mercado que permita escapar al control estatal.

Los campos de producción cultural se sitúan, así, entre el Estado y el mercado, que ejercen mayores o menores presiones sobre ellos, según el régimen y las condiciones económicas. Si el mercado les ha permitido autonomizarse del Estado, este puede, por su parte, protegerlos de las presiones económicas a través de leyes (como la ley francesa sobre el precio único del libro) o políticas de ayuda a la creación y a la producción cultural.⁵¹ Los trabajos sobre los regímenes comunistas, donde el poder de consagración estaba monopolizado por un órgano controlado por el Partido comunista, la Unión de escritores, han mostrado sin embargo que las formas de autonomía relativa podían manifestarse incluso en contextos de fuerte heteronomía y de dependencia estatal.⁵² Asimismo, existen lógicas au-

tónomas en los campos de producción cultural más dependientes del mercado, como el cine, que se estructura también según la oposición entre el polo de gran producción y el polo de producción restringida,⁵³ este último fuertemente sostenido en Francia por el Estado (tal como el polo de producción restringida del campo editorial). Si Bourdieu ha analizado el proceso de autonomización de un polo de producción restringida con relación al mercado, el estudio de los procesos literarios ofrece un terreno privilegiado para aprehender las lógicas heterónomas que continúan pesando en la literatura, las expectativas sociales de la que es objeto, así como también el proceso de reconocimiento progresivo de su autonomía por parte del Estado a partir del siglo xx.⁵⁴ La autonomización del campo literario, además, debe resituarse en relación con la división del trabajo intelectual que se incrementa durante el siglo xix.⁵⁵

La temporalidad relativamente autónoma de los campos está amenazada en situaciones de crisis o de extrema politización que producen efectos de sincronización, como se ha señalado. Las transformaciones inducidas por estas situaciones, ¿obedecen a lógicas anteriores específicas del campo de referencia, como lo muestran los trabajos sobre el campo literario francés durante la Ocupación o en mayo del 68?⁵⁶ ¿O bien las crisis, por la fluidez de las coyunturas, crean dinámicas propias, es decir, no determinadas por los estados anteriores del campo?⁵⁷ Las lógicas propias de las crisis se observan, efectivamente, en el reajuste de las alianzas y en la consiguiente reconfiguración de las relaciones de fuerza. No se debe olvidar que estas transformaciones no se producen de forma aleatoria: pueden explicarse bajo la doble luz de las apuestas específicas del campo y de las disposiciones y recursos de los agentes.⁵⁸

El concepto de campo es un poderoso instrumento heurístico de comparación, ya se trate de diferentes estados de un mismo campo (por ejemplo, el campo literario francés antes, durante y después de la ocupación alemana, o incluso las transformaciones del campo de poder en Francia entre los años 1970 y 1990),⁵⁹ o de principios de estructuración de un campo en dos países diferentes. Por ejemplo, si el funcionamiento de la edición en Francia y en Estados Unidos presenta diferencias en el plano jurídico (importancia de la edición sin fines de lucro en Estados Unidos, en contraste con Francia), en el plano de la intervención estatal (prácticamente ausente en Estados Unidos, al tiempo que muy presente en Francia) y en el plano de la división del trabajo, la estructura del campo editorial, que opone en los dos casos un polo de gran producción a un polo de producción restringida, permite realizar una comparación sistemática para comprender el lugar que ocupan las traducciones en ambos espacios.⁶⁰

Para no caer en la trampa del nacionalismo metodológico, la comparación internacional debe, sin embargo, tomar en cuenta tanto los intercambios entre los campos nacionales como las relaciones de fuerza en las que están insertos, que condicionan la circulación de los bienes simbólicos y de los modelos entre culturas nacionales.⁶¹ Los fenómenos de importación y de recepción deben vincularse, también, con las apuestas propias del campo de recepción, como lo ilustran los

trabajos sobre la importación del formalismo ruso en Francia, de las literaturas de Europa del Este durante el período comunista y de las teorías sobre la justicia.⁶² El estudio de la introducción de la economía neoliberal y de la filosofía sobre derechos humanos en América Latina expone los resortes del proceso de globalización.⁶³

Los enfoques transnacionales han relevado, sin embargo, la cuestión del límite geográfico de los campos. Este cuestionamiento apareció, en primer lugar, a propósito de las áreas lingüísticas, y más particularmente del espacio literario francófono;⁶⁴ luego se extendió a otros espacios transnacionales. Numerosos trabajos sobre los campos se inscriben en un marco nacional. No obstante, Bourdieu no afirma en ningún momento que los campos estén necesariamente circunscriptos a los límites del Estado–nación. Sus fronteras no están dadas, cambian con el tiempo y son constantemente puestas en tela de juicio. Por lo tanto, es el investigador quien las construirá. La nacionalización de los campos profesionales y de los campos de producción cultural es un hecho histórico ligado a la monopolización de la educación y del control del acceso a las profesiones organizadas por el Estado (en un grado desigual según los países), así como también a la construcción de las identidades nacionales.⁶⁵ Sin embargo, estas culturas nacionales se formaron en relación unas con otras, y rápidamente constituyeron un espacio internacional regido por instancias como la Sociedad de las Naciones, luego ONU, y en el dominio de la cultura y la ciencia, el Instituto internacional de cooperación intelectual, reemplazado después de la guerra por la UNESCO, favoreciendo la circulación de modelos organizacionales y de personas entre los países.⁶⁶ Paralelamente, se formaron mercados cuyas fronteras desbordaban ampliamente las de los Estados–Nación, en especial a favor de sus ambiciones hegemónicas y colonialistas (las áreas lingüísticas así constituidas se transformaron, de esta manera, en espacios de circulación de lo impreso en lenguas vehiculares como el inglés, el francés, el español, el portugués y el árabe).

Bourdieu ha analizado el proceso de formación de un campo económico mundial, dominado por las multinacionales y caracterizado, entre otros factores, por las deslocalizaciones y los flujos de capitales.⁶⁷ Asimismo, el campo jurídico, estrechamente ligado al Estado–nación, se internacionalizó fuertemente poniéndose, en su polo heterónimo, al servicio del mercado.⁶⁸ Si el campo político continúa siendo fundamentalmente nacional, la construcción europea favorece la aparición de un campo burocrático europeo y la emergencia de un campo jurídico europeo (aunque estos sean demasiado dependientes de los Estados–nación).⁶⁹ La emergencia de espacios transnacionales más o menos autónomos depende, sin embargo, de la existencia de lugares de intercambio y de instancias de consagración específicas, que se diferencian del mercado —los congresos científicos internacionales o el Premio Nobel de literatura,⁷⁰ por ejemplo—. El espacio de recepción de las revoluciones simbólicas circunscribe también un espacio transnacional; el desfase temporal y las lógicas de retraducción de las apuestas según el campo de recepción son indicadores del grado de autonomía de los campos nacionales.

Dejando de lado el caso de Brasil antes citado, la recepción internacional del concepto de campo se llevó a cabo, a partir de fines de los años 80, a través de especialistas en literatura francesa, como Jacques Dubois y Pascal Durand en Bélgica, Joseph Jurt en Alemania, Anna Boschetti en Italia, y en Israel, a través del teórico del polisistema Itamar Even-Zohar que combinó su teoría inspirada en los formalistas rusos con la del campo⁷¹. En Grecia y en Rusia fue introducido durante esos mismos años. Mucho menos utilizado en Estados Unidos que los conceptos de «capital cultural» y de *habitus*, el «campo», tal como lo había teorizado Bourdieu, empezó a utilizarse como programa de investigación recién después de su muerte en 2002. Contribuyó especialmente en la renovación de los estudios sobre imperialismo y colonialismo:⁷² los Estados coloniales se conciben, desde esta perspectiva, como metacampos que comprenden los campos estatales en las colonias, atravesados estos por relaciones de fuerza y de competencia entre diferentes fracciones del campo de poder colonial en lucha por la definición de la política nativa.⁷³ El concepto de campo es también introducido, cada vez más, en el dominio de las relaciones internacionales donde se utiliza especialmente para pensar las relaciones diplomáticas como meta-campo.⁷⁴ En sociología del derecho se ha realizado un estudio sobre el campo de la justicia penal internacional situado en la intersección de tres campos transnacionales: el de las relaciones interestatales, el de la defensa de los derechos humanos y el de la justicia penal, en vías de internacionalización.⁷⁵

Campos organizacionales y campos de acción estratégica

El concepto de campo registra, además, dos importantes reelaboraciones teóricas inspiradas en la teoría de Bourdieu, con las nociones de «campos organizacionales» y de «campos de acción estratégica».

La teoría neo-institucionalista de los «campos organizacionales» desarrollada por los sociólogos americanos Paul DiMaggio y Walter Powell apunta a dar cuenta de fenómenos de isomorfismo institucional entre organizaciones pertenecientes a un mismo campo.⁷⁶ Según estos autores, el proceso de racionalización descrito por Weber está sujeto, en lo sucesivo, menos a la competencia y a la búsqueda de eficacia que a factores propiamente institucionales. La coerción (por vía autoritaria, legal o aún bajo la forma de directivas), el mimetismo frente a situaciones de incertidumbre y las presiones normativas ligadas a la profesionalización son los tres mecanismos que favorecen la homogeneización de estos campos. Por lo tanto, es posible predecir esta propensión a la similitud en función del tipo y del grado de dependencia entre organizaciones de un mismo campo, del grado de incertidumbre en cuanto a las relaciones entre los medios y los objetivos, o incluso del reclutamiento social de profesionales con una misma formación académica y/o participantes de organismos profesionales.

Las investigaciones empíricas a partir de las cuales estos sociólogos construyeron su análisis giran en torno a los modelos organizacionales para la producción de servicios culturales de alto nivel, surgidos en Estados Unidos hacia fines del si-

glo XIX, y a la homogeneización progresiva de la edición académica americana.⁷⁷ DiMaggio forjó además la noción de «emprendedor institucional» (*institutional entrepreneur*) para designar a las figuras fundadoras de los campos en formación.

Nutrido en gran medida de la teoría del campo de Bourdieu, el concepto de «campos de acción estratégica» elaborado por Neil Fligstein y Doug McAdam articula el enfoque neo-institucionalista con las teorías de la acción colectiva para pensar la reproducción y el cambio a nivel meso del orden social.⁷⁸ De la concepción bourdesiana, retoman la idea de apuestas específicas, de reglas de juego, de posiciones desiguales de los agentes y del vínculo entre esta posición de los actores y su visión del mundo. Sin embargo, estos campos de acción estratégica están menos estabilizados que los campos en Bourdieu, sus fronteras cambian según la definición de la situación y de las apuestas. Pueden ordenarse en un continuum en función de su grado de consenso. En el caso de conflictos declarados, las luchas son susceptibles de provocar un nuevo orden. Estas luchas se libran principalmente entre «beneficiarios» (*incumbents*) y «contestatarios» (*challengers*), están reguladas por «unidades de gobierno» que controlan el funcionamiento del campo y que tienden, por lo general, a la conservación del estado de las relaciones de fuerza. Se reconoce aquí el equivalente de las instancias de consagración cuyo rol determinante en los campos de producción cultural subraya Bourdieu, o de otros tipos de instancias reguladoras.

Si el modelo de los campos de acción estratégica comparte la concepción agnóstica desarrollada por Bourdieu, distingue con mayor claridad los fundamentos de la acción colectiva entre coerción, competición y cooperación, y luego, los campos jerárquicamente organizados de aquellos en los que prevalecen diferentes formas de coalición. La cuestión del vínculo entre los individuos y el campo, que Bourdieu problematizaba a través de los conceptos de *habitus*, «estrategia» y «sentido de juego», es pensada ahora en términos de competencias (*skills*) de los actores para actuar en un campo. Lejos de ser autárquicos, estos campos de acción estratégica mantienen relaciones con otros campos circundantes que se diferencian según la distancia o la proximidad, la independencia o la dependencia (y, en ciertos casos, la interdependencia), y la distinción entre los campos estatales y no estatales —el Estado es concebido, al igual que en la teoría de Bourdieu, como un conjunto de campos.

Estos campos circundantes tienen, con frecuencia, un rol central en el cambio, especialmente a través de la importación de modelos. Las transformaciones son frecuentemente provocadas por shocks exógenos, que brindan a los contestatarios oportunidades inéditas, aunque estos requieren también una movilización y la implementación de recursos organizacionales así como de medios de impugnación eficaces. Por ejemplo, la negativa de Rosa Parks a ceder su lugar a un hombre blanco en un autobús en 1955 y su consiguiente arresto no eran acciones nuevas en sí mismas, pero los líderes del movimiento por los derechos cívicos consiguieron movilizar, por medio de los ministros de culto, a la población negra de la ciudad de Montgomery, en Alabama, en una protesta colectiva de gran amplitud.

En los «episodios de disconformidad», se observa a menudo el recurso a formas innovadoras de acción colectiva, así como a un trabajo de (re)encuadre (*framing*) de la visión del mundo establecida, que es susceptible de conducir a un nuevo acuerdo institucional (*institutionalsettlement*).

El concepto de campo es, pues, una herramienta heurística potente para explorar el nivel meso de la actividad social. Si bien surgieron diversos usos del concepto relacionados con las teorías organizacionales y las de la acción colectiva que permitirían enriquecer la teoría de los campos de Bourdieu, su dominio de aplicación es más limitado que el de esta última. El análisis de los efectos de isomorfismo en los «campos organizacionales» debería, de hecho, compensarse con un estudio de los efectos de diferenciación, presentes especialmente en los de producción cultural.⁷⁹ En cuanto a la noción de «campo de acción estratégica», su conceptualización es menos rigurosa y está menos historizada que el concepto de campo tal como lo elaboró Bourdieu. Este último continúa funcionando, según se ha visto, como un programa de investigación en diferentes dominios, planteando nuevas preguntas tanto sobre los campos coloniales y transnacionales, como sobre las relaciones entre campos.

Notas

¹ Este artículo es la traducción de la entrada «Campo» de la *L'Encyclopédie des sciences sociales du politique* del Centro de excelencia TEP SIS.

² Acerca de estos orígenes, ver especialmente: John Levin Martin, «What is Field Theory?», *American Journal of Sociology*, vol. 109, n° 1, 2003, p. 1-49.

³ Pierre Bourdieu, «Le marché des biens symboliques», *L'Année sociologique*, n° 22, 1971, p. 49-126 [trad. esp.: «El mercado de los bienes simbólicos», en *El sentido social del gusto*, trad. de Alicia Gutiérrez, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, 85-152].

⁴ Obra cuya traducción francesa Bourdieu publicó en Éditions de Minuit, ver: Ernst Cassirer, *Substance et fonction. Éléments pour une théorie du concept*, Paris, Éditions de Minuit, coll. «le sens commun», 1977 (edición original: 1910).

⁵ Pierre Bourdieu, «Quelques propriétés des champs», en P. Bourdieu, *Questions de sociologie* [1980], París, Éditions de Minuit, 1984, p. 113-120. [trad. esp.: «Algunas propiedades de los campos», en *Sociología y cultura*, trad. de Martha Pou, México, Grijalbo, 1990, 135-141].

⁶ Pierre Bourdieu, «Une interprétation de la théorie de la religion selon Max Weber», *Archives européennes de sociologie*, vol. XII, n° 1, 1971, p. 3-21.

⁷ Pierre Bourdieu, «Le marché des biens symboliques», *L'Année sociologique*, n° 22, 1971, p. 49-126 [trad. esp., ver nota 3].

⁸ Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, Paris, Éditions de Minuit, 1984, p. 226-242 [trad. esp.: *Homo Academicus*, trad. de Ariel Dillon, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008].

⁹ Michel Foucault, *L'Archéologie du savoir*, Paris, Gallimard, 1969 (trad. esp.: *La arqueología del saber*, trad. de Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI, 1970); Pierre Bourdieu, *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*, Paris, Seuil, 1994, p. 64 (trad. esp.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1997).

¹⁰ Pierre Bourdieu, «Séminaires sur le concept de champ, 1972-1975», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 200, 2013, p. 4-37; Pierre Bourdieu, «Quelques propriétés des champs», *Questions de sociologie* [1980], Paris, Éditions de Minuit, 1984, p. 113-120 [trad. esp.: «Al-

gunas propiedades de los campos», en *Sociología y cultura*, trad. de Martha Pou, México, Grijalbo, 1990, 135-141].

¹¹ Pierre Bourdieu, «Champ intellectuel et projet créateur», *Les Temps modernes*, n° 246, 1966, p. 865-906 [trad. esp.: «Campo intelectual y proyecto creador», en *Campo de poder, campo intelectual*, trad. de Alberto de Ezcurdia, Buenos Aires, Montessor, 2002, 9-50].

¹² Pierre Bourdieu, «Le marché des biens symboliques», *L'Année sociologique*, n° 22, 1971, p. 49-126 [trad. esp.: «El mercado de bienes simbólicos», en *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, trad. de Alicia B. Gutiérrez, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, 85-152].

¹³ Pierre Bourdieu, Manet. *Une révolution symbolique*, Paris, Le Seuil-Raisons d'agir, 2013.

¹⁴ Pierre Bourdieu, *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, Paris, Éditions de Minuit, 1992 [trad. esp.: *Las reglas del arte*, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1995].

¹⁵ Pierre Bourdieu, «La production de la croyance», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 13, 1977, p. 3-43 [trad. esp.: «La producción de la creencia», en *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, trad. de Alicia B. Gutiérrez, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, 153-229].

¹⁶ Pierre Bourdieu, *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, Paris, Éditions de Minuit, 1992 [trad. esp.: *Las reglas del arte*, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1995]; ver también: Pierre Bourdieu, «Le champ littéraire», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 89, 1991, p. 4-46 y Pierre Bourdieu, *The Field of Cultural Production* (éd. Randal Johnson), Cambridge, PolityPress, 1993.

¹⁷ Pierre Bourdieu, «Haute couture et haute culture» [1974-1975], en P. Bourdieu, *Questions de sociologie*, Paris, Éditions de Minuit, 1980, p. 196-206 [trad. esp.: «Alta costura y alta cultura», en *Sociología y cultura*, trad. de Martha Pou, México, Grijalbo, 1990, 215-224].

¹⁸ Pierre Bourdieu, «Haute couture et haute culture» [1974-1975], en P. Bourdieu, *Questions de sociologie*, Paris, Éditions de Minuit, 1980, p. 200 [trad. esp., ver nota 5].

¹⁹ Pierre Bourdieu, «Le champ scientifique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 2-3, 1976, p. 88-104

[trad. esp.: «El campo científico», en *Intelectuales, política y poder*, trad. de Alicia B. Gutiérrez, Buenos Aires, Eudeba, 2009, 75-110]; Pierre Bourdieu, «The Peculiar History of Scientific Reason», *Sociological Forum*, vol. 6, n° 1, 1991, p. 3-26; Pierre Bourdieu, *Science de la science et réflexivité*, Paris, Liber-Raisons d'agir, 2001 [trad. esp.: *El oficio de científico. Ciencia y de la ciencia y reflexividad*, trad. de Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 2001].

²⁰ Pierre Bourdieu, *L'Ontologie politique de Martin Heidegger*, Paris, Éditions de Minuit, 1988, p. 10 [trad. esp.: *La ontología política de Martin Heidegger*, trad. de César de la Meza, Barcelona, Paidós, 1991]; ver originalmente: Pierre Bourdieu, «L'ontologie politique de Martin Heidegger», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 5-6, 1975, p. 109-156.

²¹ Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, Paris, Éditions de Minuit, 1984, p. 226-242 (trad. esp.: *Homo Academicus*, trad. de Ariel Dillon, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008).

²² Pierre Bourdieu, «Effet de champ et effet de corps», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 59, 1985, p. 73; Pierre Bourdieu, «Le fonctionnement du champ intellectuel», *Regards sociologiques*, n° 17-18, 1999, p. 5-27; Pierre Bourdieu, Manet. *Une révolution symbolique*, Paris, Le Seuil-Raisons d'agir, 2013.

²³ Pierre Bourdieu, *Sur l'État. Cours au Collège de France. 1989-1992*, Paris, Le Seuil-Raisons d'agir, 2011 [trad. esp.: *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*, trad. de Pilar González Rodríguez, Barcelona, Anagrama, 2014].

²⁴ Pierre Bourdieu, «Questions de politique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 16, 1977, p. 55-89; Pierre Bourdieu, *Propos sur le champ politique*, Lyon, Presses universitaires de Lyon, 2000.

²⁵ Pierre Bourdieu, *La Distinction. Critique sociale du goût*, Paris, Minuit, 1979 [trad. esp.: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, trad. de María del Carmen Ruiz de Elvira, Madrid, Taurus, 2002].

²⁶ Pierre Bourdieu, *Sur la télévision*, Paris, Liber-Raisons d'agir, 1996 [trad. esp.: *Sobre la televisión*, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1997].

²⁷ Pierre Bourdieu, «Une révolution conservatrice dans l'édition», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 126-127, 1999, p. 3-28 [trad. esp.: «Una revolución

conservadora en la edición», en *Intelectuales, política y poder*, trad. de Alicia B. Gutiérrez, Buenos Aires, Eudeba, 2009, 223–264].

²⁸ Para un balance, ver: Gisèle Sapiro, *Sociologie de la littérature*, Paris, La Découverte, 2014 [trad. esp.: *Sociología de la literatura*, trad. de Laura Fólica, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016].

²⁹ Sergio Miceli, *Les Intellectuels et le pouvoir au Brésil (1920–1945)*, Grenoble-Paris, Presses Universitaires de Grenoble-Éditions de la MSH, 1981 (edición original: 1979).

³⁰ Rémy Ponton, *Le Champ littéraire de 1865 à 1906 (recrutement des écrivains, structures des carrières et production des œuvres)*, tesis de doctorado, París, Université Paris V, 1977.

³¹ Anne-Marie Thiesse, *Écrire la France. Le mouvement littéraire régionaliste de langue française entre la Belle Époque et la Libération*, Paris, PUF, 1991.

³² Gisèle Sapiro, *La Guerre des écrivains. 1940–1953*, Paris, Fayard, 1999.

³³ Anna Boschetti, *Sartre et «Les Temps Modernes». Une entreprise intellectuelle*, Paris, Éditions de Minuit, 1985 [trad. esp.: *Sartre y «Les Temps Modernes»: una empresa intelectual*, trad. de Mercedes Castro Valdez, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990].

³⁴ Anna Boschetti, *La Poésie partout. Apollinaire, homme-époque (1898–1918)*, Paris, Le Seuil, 2001.

³⁵ Pascal Durand, *Mallarmé. Du sens des formes au sens des formalités*, Paris, Le Seuil, 2008.

³⁶ Pascale Casanova, *Beckett l'abstracteur. Anatomie d'une révolution littéraire*, Paris, Le Seuil, 1997.

³⁷ Norbert Bandier, *Sociologie du surréalisme. 1924–1929*, Paris, La Dispute, 1999; Éric Brun, *Les Situationnistes. Une avant-garde totale (1950–1972)*, Paris, CNRS Éditions, 2014.

³⁸ Markus Joch et Norbert Wolf (dir.), *Text und Feld. Bourdieu in der literatur wissen chaftlichen Praxis*, Tubingen, Max Niemeyer Verlag, 2005; Heribert Tommek et Klaus-Michael Bodgal (dir.), *Transformation en des literarischen Feldes in der Gegenwart. Sozialstruktur. Medien-Ökonomien. Autorpositionen*, Heidelberg, Synchron, 2012.

³⁹ Jean-Louis Fabiani, *Les Philosophes de la République*, Paris, Éditions de Minuit, 1988.

⁴⁰ Christophe Charle, *Naissance des «intellectuels». 1880–1900*, Paris, Éditions de Minuit, 1990 [trad. esp.: *El*

nacimiento de los «intelectuales», trad. de Herber Cardoso, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009].

⁴¹ Frédéric Lebaron, *La Croyance économique. Les économistes entre science et politique*, Paris, Le Seuil, 2000.

⁴² Daniel Gaxie, «Les logiques de recrutement du personnel politique», *Revue française de science politique*, t. xxx, n° 1, 1980, p. 5–45.

⁴³ Vincent Dubois, «L'action de l'État, produit et enjeu des rapports entre espaces sociaux», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 201–202, 2014, p. 38–43.

⁴⁴ Ver respectivamente: Christophe Charle, *Naissance des «intellectuels». 1880–1900*, Paris, Éditions de Minuit, 1990 [trad. esp.: *El nacimiento de los «intelectuales»*, trad. de Herber Cardoso, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009]; Gisèle Sapiro, *La Guerre des écrivains. 1940–1953*, Paris, Fayard, 1999.

⁴⁵ Gisèle Sapiro, «Forms of Politicization in the French Literary Field», *Theory and society*, n° 32, 2003, p. 633–652; Gisèle Sapiro, «Modèles d'intervention politique des intellectuels. Le cas français», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 176–177, 2009, p. 8–31 [trad. esp.: «Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés», trad. de Alejandro Dujovne, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 15, 2011, p. 129–154].

⁴⁶ Ver: Hervé Serry, *Naissance de l'intellectuel catholique*, Paris, La Découverte, 2004; Frédérique Matonti, *Intellectuels communistes. Essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique (1967–1980)*, Paris, La Découverte, 2005.

⁴⁷ Julien Duval, *Critique de la raison journalistique. Les transformations de la presse économique en France*, Paris, Le Seuil, 2004; ver también: Rod Benson et Erik Neveu (dir.), *Bourdieu and the Journalistic Field*, Cambridge, Polity Press, 2004.

⁴⁸ Alain Viala, *Naissance de l'écrivain*, Paris, Éditions de Minuit, 1985.

⁴⁹ Denis Saint-Jacques y Alain Viala, «À propos du champ littéraire. Histoire, géographie, histoire littéraire», *Annales HSS*, vol. 49, n° 2, 1994, p. 395–406.

⁵⁰ Christian Jouhaud, *Les Pouvoirs de la littérature. Histoire d'un paradoxe*, Paris, Gallimard, 2000.

⁵¹ Gisèle Sapiro, «The Literary Field Between the State and the Market», *Poetics*, vol. 31, n° 5–6, 2003, p. 441–461.

⁵² Lucia Dragomir, *L'Union des écrivains. Une insti-*

tution littéraire transnationale à l'Est. L'exemple roumain, Paris, Belin, 2007.

⁵³ Julien Duval, «L'art du réalisme. Le champ du cinéma français au début des années 2000», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 161-162, 2006, p. 96-115; Julien Duval, *Le Cinéma au XXI^e siècle: entre loi du marché et règle de l'art*, Paris, CNRS Éditions, 2016.

⁵⁴ Gisèle Sapiro, *La Responsabilité de l'écrivain. Littérature, droit et morale en France (XIX^e-XXI^e siècle)*, Paris, Le Seuil, 2011.

⁵⁵ Gisèle Sapiro, «Autonomy Revisited. The Question of Mediations and its Methodological Implications», *Paragraph*, vol. 35, 2012, p. 30-48.

⁵⁶ Gisèle Sapiro, *La Guerre des écrivains. 1940-1953*, Paris, Fayard, 1999; Boris Gobille, «Les mobilisations de l'avant-garde littéraire française en Mai 1968. Capital politique, capital littéraire et conjoncture de crise», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 158, 2005, p. 30-53.

⁵⁷ Michel Dobry, *Sociologie des crises politiques*, Paris, Presses de la FNSP, 1992.

⁵⁸ Gisèle Sapiro, «Structural History and Crisis Analysis. The Literary Field During WWI», en P. Gorski (dir.), *Bourdieu and Historical Analysis*, Durham, Duke University Press, 2012.

⁵⁹ Gisèle Sapiro, *La Guerre des écrivains. 1940-1953*, Paris, Fayard, 1999; François Denord, Paul Lagneau-Ymonet, Sylvain Thine, «Le champ du pouvoir en France», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 190, 2011, p. 24-57.

⁶⁰ Gisèle Sapiro, «Globalization and Cultural Diversity in the Book Market. The Case of Translations in the US and in France», *Poetics*, vol. 38, n° 4, 2010, p. 419-439.

⁶¹ Ver: Gisèle Sapiro, «Comparaison et échanges culturels: le cas des traductions», en O. Remaud, J.-F. Schaub et I. Thireau, *Faire des sciences sociales. Comparer*, Paris, Éditions de l'EHESS, 2012, p. 193-221; Johan Heilbron, «Towards a sociology of translation. Book Translations as a Cultural World-System», *European Journal of Social Theory*, vol. 2 n° 4, 1999, p. 429-444; Gisèle Sapiro (dir.), *Translatio. Le marché de la traduction en France à l'heure de la mondialisation*, Paris, CNRS Éditions, 2008.

⁶² Ver: Pierre Bourdieu, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées» [1990], *Actes de*

la recherche en sciences sociales, n° 145, 2002, p. 3-8 [trad. esp.: «Las condiciones sociales de la circulación internacional de las ideas», en *El sentido social del gusto*, trad. de Alicia Gutiérrez, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, 159-170]; Frédérique Matonti, «L'anneau de Möbius», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 176-177, 2009, p. 52-67; Ioana Popa, *Traduire sous contraintes. Littérature et communisme (1947-1989)*, Paris, CNRS Éditions, 2010; Mathieu Hauchecorne, «Le "professeur Rawls" et "le Nobel des pauvres". La politisation différenciée des théories de la justice de John Rawls et Amartya Sen», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 176-177, 2009, p. 94-113.

⁶³ Yves Dezalay y Bryant G. Garth, *The Internationalization of Palace Wars. Lawyers, Economists, and the Contest to Transform Latin American States*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.

⁶⁴ Pierre Bourdieu, «Existe-t-il une littérature belge? Limites d'un champ et frontières politiques», *Études de lettres*, n° 4, 1985, p. 3-6; Paul Aron, «La littérature en Belgique francophone de 1930-1960: débats et problèmes autour d'un «sous-champ»», en M. Einfalt, U. Erzgräber, O. Ette et F. Sick (dir.), *Intégrité intellectuelle/ Intellektuelle Redlichkeit. Mélanges en l'honneur de Joseph Jurt*, Memmingen, Universitäts verlag Winter Heidelberg, 2005, p. 417-427.

⁶⁵ Gisèle Sapiro, «Le champ est-il national? La théorie de la différenciation sociale au prisme de l'histoire globale», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 200, 2013, p. 70-85.

⁶⁶ Gisèle Sapiro (dir.), *L'Espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation. XIX^e-XXI^e siècles*, Paris, La Découverte, 2009.

⁶⁷ Pierre Bourdieu, *Les Structures sociales de l'économie*, Paris, Le Seuil, 2000, p. 273-280 [trad. esp.: *Las estructuras sociales de la economía*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Manantial, 2001].

⁶⁸ Yves Dezalay, «The Big Bang and the Law. The Internationalization and Restructuration of the Legal Field», *Theory, Culture & Society*, vol. 7, 1990, p. 279-293.

⁶⁹ Ver, respectivamente: Didier Georgakakis (dir.), *Le Champ de l'eurocratie. Une sociologie politique du personnel de l'UE*, Paris, Economica, 2012; Antoine Vauchez, «The Force of a Weak Field. Law and Lawyer in the

Government of the European Union», *International Political Sociology*, n° 2, 2008, p. 128-144.

⁷⁰ Pascale Casanova, *La République mondiale des lettres*, Paris, Le Seuil, 1999 [trad. esp.: *La República mundial de las letras*, trad. de Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2001].

⁷¹ Ver, especialmente: Sergio Miceli, *Les Intellectuels et le pouvoir au Brésil (1920-1945)*, Grenoble-Paris, Presses universitaires de Grenoble-Éditions de la MSH, 1981; Jacques Dubois y Pascal Durand, «Champ littéraire et classes de textes», *Littérature*, n° 70, 1988; Joseph Jurt, «Autonomie ou hétéronomie: le champ littéraire en France et en Allemagne», *Regards sociologiques*, n° 4, 1992, p. 3-16; Joseph Jurt, *Das iterarische Feld. Das Konzept Pierre Bourdieus in Theorie und Praxis*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1995; Itamar Even-Zohar, «Polysystem Studies», *Poetics Today*, vol. 11, n° 1, 1990, p. 1-262.

⁷² Julian Go, «Global Fields and Imperial Forms», *Sociological Theory*, vol. 6, n° 3, 2008, p. 201-229.

⁷³ George Steinmetz, «The Colonial State as a Social Field. Ethnographic Capital and Native Policy in the German Overseas Empire before 1914», *American Sociological Review*, vol. 73 n° 4, 2008, p. 589-612.

⁷⁴ Didier Bigo y Michael R. Madsen (dir.), «A Different Reading of the International. Pierre Bourdieu and international studies», *International Political Sociology*,

vol. 5, n° 3, 2011, p. 219-224; Rebecca Adler-Nissen, «Inter- and Transnational Field(s) of Power. On a Field Trip with Bourdieu», *International Political Sociology*, vol. 5, 2011, p. 327-345; Rebecca Adler-Nissen (dir.), *Bourdieu in International Relations. Rethinking Key Concepts in IR*, New York, Routledge, 2013.

⁷⁵ Peter Dixon y Chris Tenove, «International Criminal Justice as a Transnational Field. Rules, Authority and Victims», *International Journal of Transitional Justice*, 2013, p. 1-20.

⁷⁶ Paul DiMaggio y Walter Powell, «The Iron Cage Revisited. Institutional Isomorphism and Collective Rationality in Organizational Fields», *American Sociological Review*, vol. 48, n° 2, 1983, p. 147-160; Paul DiMaggio y Walter Powell (dir.), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.

⁷⁷ Paul DiMaggio, «Cultural Entrepreneurship in Nineteenth Century. Part 1. The Creation of an Organizational Base for High Culture in America», *Media, Culture and Society*, n° 4, 1981, p. 33-50; Lewis A. Coser, Charles Kadushin y Walter W. Powell, *Books. The Culture & Commerce of Publishing*, New York, Basic Books, 1982.

⁷⁸ Neil Fligstein y Doug McAdam, *A Theory of Fields*, Oxford-New York, Oxford University Press, 2012.

⁷⁹ Gisèle Sapiro, «How do literary works cross borders (or not)?», *Journal of World Literature*, vol. 1, n° 1, 2016, p. 81-96.